

( 3 PLIEGOS )

BIBLIOTECA MODERNA



NUEVA HISTORIA

DE

LA VIRTUOSA Y MÁRTIR

**SANTA GENOVEVA**

MADRID

IMPRESA UNIVERSAL DE FRANCISCO HERNANDEZ,  
calle del Oso, núm. 21, principal.

BIBLIOTECA MODERNA

---

Esta historia es propiedad de la  
CASA EDITORIAL, para lo cual se han  
depositado los ejemplares que marca  
la ley.

---

NOVA HISTORIA

DE LA CIUDAD DE MADRID

SANTA GENOVEVA

IMPRESA EN MADRID EN EL AÑO DE 1884

---

NUEVA HISTORIA  
DE  
LA VIRTUOSA Y MÁRTIR SANTA GENOVEVA

---

CAPITULO PRIMERO

\*\*\*\*\*



ACIÓ por el año 422, en una ciudad llamada Nanterre, la virtuosa patrona de París Genoveva, princesa de Bravante.

Su padre llamado Severo y su madre Jeroncia, fueron distinguidos por su honradez y piedad. Igualmente la modestia, prudencia y devocion brillaron en esta santa niña desde su infancia.

Apenas tuvo edad proporcionada, se consagró á Dios con voto solemne; se alimentó de legumbres, bebió agua solamente, y trajo continuo cilicio, segun la práctica de las vírgenes consagradas. La dura tierra era se lecho, y pasaba en oracion las noches que precedían al domingo, al jueves y á los dias en que había de comulgar.

Tantas é innumerables fueron las graeias que se apoderaron de

la preciosa jóven, que llegaron al colmo de la verdad perfecta, no teniendo otra distraccion que el continuo rezo y ocuparse en las cosas sagradas, para cuyo efecto eligió un sitio retirado del jardin y en él formó una capillita perfectamente adornada con estampitas y cubierta de olorosas flores que eran el encanto de todo el mundo.

Tanto era lo que su mente se ocupaba de las oraciones, que cayó enferma de tal gravedad y cuidado, que estuvo reputada por muerta; pero aquella falta de espíritus á lo exterior fué propiamente un éxtasis, en el cual Dios la descubrió lo que habia de padecer: y este secreto comunicado con facilidad á personas indiscretas le ocasionó muchos motivos de ejercitar la paciencia.

Murmurábase de su retiro y de sus ejercicios con bastante desprecio, á tiempo que en París se esparció la falsa noticia de que venian los hunnos á destruir la ciudad. La santa doncella aseguró ser vânos aquellos temores, y en pago de su caridad ardiente estuvieron ya para presentarse á su padre y llamarla á sufrir la pena de ser quemada por hechicera; pero Dios mudó repentinamente los corazones de todos.

Una virtud tan eminente resonaba en lo más remoto

Viendo su madre que podría ocasionarla algun disgusto tamaña empresa, la dijo con la mayor dulzura y maternal cariño:

—Hija mia, vería con el mayor gusto que dejaras algun tanto tan pueriles ejercicios, pues ya has tenido ocasion de saber lo que de ti se dice y cualquier día puede traerte mal resultado.

— Madre mia, yo agradezco mucho vuestro sábio consejo, pero no podría disuadirme de la idea que tengo formada por parecerme la ocupacion más honrada y perfecta de la vida humana, y si vos me permitís seguir mi régimen, preferiré retirarme del mundo al desierto, en la conviccion de que hallaré más inocencia entre las tierras que buena acogida entre la perversidad de los hombres.

Admirada quedó la madre al oír la contestacion de su encantadora hija, y observar los entretenimientos tan devotos impropios de su edad, sin llegar á comprender lo que el cielo iba disponiendo en Genoveva, hasta que poco á poco se fué descubriendo.

Cumplidos ya los trece años de edad, no pensaba en arreglar su persona con trages ni flores para figurar más hermosa, pues siempre vestía con modestia y recato sin acordarse de presentar su belleza en público.

Hemos de advertir que lo mismo que estaba encubierta su alma de belleza, igual la destacaba su rostro, y más de un pretendiente hubiera tenido, si en vez de estar encerrada voluntariamente en su casa, saliera á la calle con las jóvenes de su edad.

Aun cuando vivía encerrada y dedicada á los continuos rezos, sin embargo, pronto se esparció por todas partes su belleza y fueron infinitos los adoradores que lo pretendían, siendo el preferido entre todos el conde Palatino, llegando á conseguir lo que muchos habían solicitado.

El agraciado conde Palatino Sigifredo, poderoso y gran señor de estierpe real, tenía sus estados y riquezas en el territorio de Tréveris; el cual, llevado por la curiosidad á lo que la fama publicaba en favor de su enamorada, se precipitó á ponerse en camino con el acompañamiento que requería su clase y lisage.

No tardó mucho tiempo en presentarse en Brabante á los padres de Genoveva, los que le recibieron con el mayor agrado y dulzura enterados de sus bellas cualidades y excelente clase. Gustosos de tan buen huésped, le permitieron á éste visitar á la que era objeto de su viaje pero sin sospechar con la idea que lo verificaba.

Una vez en su presencia, la ofreció con corteses y modestas palabras todo cuanto su corazón le dictó, entusiasmado de su hermosura de cuerpo y alma; y si bien dudaba de ser recibido como amante, no dejaba de creer que algun día tendría buen éxito su pretension.

## CAPÍTULO II

-----

Pensando en la manera de descubrir al padre el amor que profesaba á Genoveva, tomó la resolución de ir una tarde como pretesto de visita y diciendo:

— Señor, si vuestra amabilidad es tan poderosa como vos y no os desagrada mi conversacion, quisiera hablaros de un asunto que me interesa y que á mí ver no habeis de reprochar.

— Podeis empezar, caballero, pues me es sumamente grata vuestra compañía, honrosa vuestra conversacion y aceptada vuestra visita: contestó con el mayor agrado el padre de la joven.

— Pues bien, ya que me facultais para hablar, debo significaros,



que ya sois conocedor de la casa que procede mi nombre, sin que mi conducta haya manchado la honra de mi familia y predecesores. El objeto de mi inesperada visita, sólo se reduce á pedirlos la mano de vuestra preciosa hija, quedando plenamente satisfecho que en nada ha de desmerecer vuestra casa, pues todo cuanto poseo será de ella y mi corazon no ha de ser de nadie más que suyo, no solamente por su estremada beldad, si que tambien por su moralidad y recato, pues si la fortuna me hubiera hecho rey, á sus piés pondría mi trono sólo para merecerla. Solo me resta, gran señor, que vuestra resolucion sea favorable para mí, inclinando á Genoveva que acepte mi fina voluntad para hacerme feliz, dichoso como ninguno de los mortales, y unirme á ella con los lazos de himeneo.

No dejó de causar alguna sorpresa al duque la declaracion de Palatino, y despues de breves instantes de pensar en lo que había escuchado, levantó la cabeza y con ademan humilde y agradecido contestó:

— Creo sea un conveniente partido el que me habeis presentado, amable jóven, y por consecuencia debo manifestaros que pondré todos los medios imaginables para que mi hija acceda á vuestra pretension; yo, como podeis comprender, no puedo deciros más que se lo indicaré y ella me contestará su agrado ó reproche sobre el asunto de que se trata.

— Gracias, generoso padre, gracias, en vos confio y que Dios os ilumine para darme la felicidad que tanto deseo.

Dicho esto, salió de la morada de su futuro suegro dirigiéndose al palacio en que habitaba y pensando en el resultado que pudiera dar su declaracion.

— Pues señor, vamos á ver lo que resulta de este lance que tan ageno estaba yo de suponer; lo primero que debo hacer, es decirse-lo á mi esposa para saber si piensa como yo, y despues lo comunicaré á mi hija para salir del compromiso y cumplir la palabra que tengo empeñada de hacer lo que pueda: en fin manos á la obra.

Despues de pronunciar estas palabras, se dirigió á la habitacion de la duquesa y la dice:

— Esposa mia, qué ignorante estás de lo que vengo á decirte y mucho más, cuando se trata de nuestra hija, la virtuosa y angelical Genoveva.

— No comprendo nada de lo que acabas de indicar y te agradece-

ré que me saques pronto de esta confusion en que me has puesto — contestó la madre de la jóven con impaciencia.

— Es el caso, que el jóven que hace dos dias llegó á nuestros estados, me ha pedido la mano de nuestra hija. Yo no se la he ofrecido ni tampoco negado, puesto que de mi solo no depende y quiero que lo sepas para que me ayudes en la promesa que he hecho de hacer todo cuanto pueda en beneficio del jóven en cuestion, atendiendo á su brillante posicion y bellas cualidades que le adornan.

Grande fué la sorpresa que la causó á la esposa del duque las palabras de su marido; pero sin embargo, hizo lo que estuvo á su alcance para conseguir el beneplácito de su hija. Esta, que no veía más que por los ojos de sus padres, aceptó lo que se la proponía, sintiendo bastante renunciar á la virginidad y pureza con que deseaba concluir sus dias.

— Padres de mi corazon — dijo Genoveva — vos sois los dueños de mi corazon y de mi voluntad: es vuestro gusto que contraiga matrimonio, pues sea como lo disponeis.

— Hija mia — prorrumpió el padre — no es que nosotros te obliguemos á decir lo que no sea de tu voluntad, lo que sí te anunciamos es, que nos ha pedido tu mano y vemos que por su posicion y costumbres es muy digno de ella.

Una vez en relacion directa los dos amantes, se celebró la boda con todo el regocijo, aparato y solemnidad que requería su clase.

Fué de mucho agrado este enlace para todos, pero sin comprender que entre las mejores rosas siempre hay alguna con espinas. Así sucedió á la jóven que ocupa nuestra mente á los dos años de casada, que empezó con delicias y terminó deplorablemente su estado, como se verá más adelante; pero vamos á continuar nuestra historia sin anticipar los hechos.

Cuatro meses despues de su permanencia en Brabante, determinaron trasladarse á la ciudad de Trévevis donde fueron recibidos con la mayor alegría y contento, no solo de las personas menos acomodadas, sino de todos los habitantes en general, incluyendo entre ellos San Hidulfo, entónces prelado de aquella catedral, quien los bendijo repetidas veces y contó con una obeja más en su apostólico rebaño.

Muy alegre y satisfecho de lo que acababa de ver, se dirigió á la ciudad donde habitaba pidiendo á Dios por la vida de su sierva á

quien deseaba proteger enterado como ya lo estaba de su cristiandad.

En un delicioso eden pasan el tiempo los recién casados aumentando de día en día su felicidad, hasta que la mala suerte vino en su busca, cambiando por completo el bien por mal á consecuencia de la guerra que promovieron las huestes africanas.

En este mismo tiempo tocaba á su fin la octava Cruzada, y el rey de Francia dispuso lo conveniente para dar el asalto donde se habian replegado los traidores. Reunidos todos los reyes de la cristiandad y los más esforzados guerreros, puesto que se encontraban los de Francia, de Sicilia, de Dinamarca, de Aragon, de Normandía, de Navarra y otros muchos, cuyo solo relato ocuparía muchas páginas, todos ellos rodeados de los más nombrados circunvecinos y tropa de éstos. La infantería ocupaba muchas leguas y estaba protegida por infinidad de escuadrones de lanceros, que ocupaban una dilatada extension de terreno. Todos los estandartes se veian allí y banderas de todas las naciones. Los infieles, parapetados en los muros habian hecho grandes zaujas y esperaban el asalto dispuesto á pagar caras sus vidas. Por todas partes las lanzas y ballestas relucian, y todo anunciaba un formidable encuentro. El esclarecido conde Palatino que nunca quiso ser ménos que los demás y avergonzado de permanecer por más tiempo entre los halagos de su tierna esposa, y temeroso de mancillar su honra si no se unia á la defensa de la causa pública, determinó ser uno de tantos aprestándose para la jornada.

Grande fué la oposicion que puso Genova para la separacion de ambos, pero oyendo las reflexiones que su esposo la hizo, aceptó con gusto ántes que ver mancillado el lustre y gloria de su casa.

Todo dispuesto para la marcha, reunió á toda la servidumbre para hacerlos saber lo que iba á poner en práctica y encomendarlos el respecto y obediencia que debian profesar á su esposa. Esta no cesaba de llorar por la separacion de su esposo hasta que Palatino se presentó en su habitacion acompañado de Golo el mayordomo, diciéndola:

— Esposa mía, ha llegado la hora de partir y es preciso que tengas resignacion: aquí dejo al mayordomo en quien tengo toda mi confianza que ha de mirar por tí durante mi ausencia, nada creo que te suceda; pero si como no espero algo te ocurre, tranquilo



estoy que ha de perder su vida ántes que vea mancillada nuestra casa y nuestro nombre.

No oyó con agrado estas palabras la condesa, pues el corazón la dictaba otra cosa que lo que su esposo la manifestaba respecto á Golo; lo cual, observado por Palatino, con voz lastimera y los ojos hácia el cielo, exclamó:

— María Santísima, á vos os dejó encomendada mi esposa, mirad por ella y no me olvideis á mí.

### CAPÍTULO III

Pasemos por alto los lamentos propios de la despedida que se prodigaron los dos cariñosos esposos, y sigamos á nuestro guerrero al campamento donde fué recibido con gran regocijo, enumerando á la ligera la memorable batalla en que se halló y donde probó su valor y maestría en las armas que manejaba.

Al día siguiente de llegar Sigifredo y al romper el alba, desde muy temprano el ruido de los timbales y el toque de las bocinas se unió al chocar de los arneses y de las lanzas.

Había en los campamentos una animación extraordinaria, pues si se lograba arrojar de él á los infieles, podía darse por terminada la guerra. El rey de Francia sobre todo, estaba muy impaciente y ardía en deseos de comenzar la lucha. Dióse la señal para el asalto y los más bravos saeteros fueron comisionados para formar la vanguardia. En los primeros momentos fué tan grande el ardor por una y otra parte, y tan extraordinario el número de saetas disparadas, que se nubló la luz del sol. Caían los hombres á millares y el furor de los combatientes parecía no saciarse con nada.

Defendíanse los infieles con mucho denuedo; pero no era menor el ardor de los cristianos, que animados por la santa causa de la Cruz peleaban con extraordinario arrojo y bizarría, batiendo los moros frente á frente palmo á palmo y cuerpo á cuerpo. Cien veces flotó el estandarte de la Cruz sobre las almenadas alturas y otras tantas flotó la media luna, pero el éxito permanecía incierto y el día avanzaba más y más. Impaciente el rey, viendo que si no se hacía un violento esfuerzo se corría el peligro de que llegase la noche y quedase la vitoria por los africanos, dió orden de que se au-

mentasen las fuerzas del asalto y él mismo dió el ejemplo avanzando sobre las escalas; recibió una flecha por entre las junturas del peto que fué á clavársele en el corazón, muriendo valerosamente al pié de los muros y cuando ya la vitoria quedaba por los cristianos.

Gran coraje entró á los cristianos por vengar la muerte de tan exforzado monarca, y arremetiendo con igual furia sobre los infieles, cayeron sobre ellos con tal ardor que los desconcertaron por completo, y al fin se vió tremolar definitivamente la gloriosa enseña de la Cruz. Despues de tomada la ciudad, hiciéronse grandes honores al cádaver del heróico rey, haciéndole la guardia soldados de todos los países cristianos que habían acudido á tomar parte en la batalla.

Para perpetuar la memoria de tan glorioso hecho se decretó una órden cuya divisa se componía de una rosa con flores de lis sobre el campo azul. Entre los valientes caballeros de la pelea, distinguióse el esforzado Palatino haciéndose por lo tanto acreedor á ser poseionado de la divisa mencionada.

Con el mejor deseo de calmar á su esposa diciéndola que se encontraba con vida y sin haber tenido nada que lamentar, se decidió escribirla acompañando la insignia que le distinguía y manifestando que por algun tiempo tendria que permanecer ausente de su lado.

La carta estaba escrita en estos términos:

« Esposa de mi corazón: Desde el momento que salí de vuestro lado no he tenido ni un instante de tranquilidad ni de placer, considerándome el más desgraciado de todos los mortales, en la creencia de que tal vez no vuelva á veros por vicisitudes de la guerra: una sola esperanza me hace tranquilizar mi espíritu, y es la de que vivo y viviré en vuestra memoria.

Este pensamiento me anima y me dá valor para sobrellevar las fatigas de la guerra con toda resignacion y esperar en Dios que me saque con bien de la campaña para concluir mis dias á vuestro lado.

El portador de este billete, puede ponerlos al corriente de todo lo ocurrido en ésta y las razones justificadas que me obligan á permanecer aquí más tiempo y no poder, como deseaba, abrazaros tan pronto como quisiera.

Aprovechando esta ocasion, os mando la condecoracion con que me han honrado, cuyo presente á nadie más que á vos os corresponde aceptar. Esto es todo cuanto tengo que manifestaros por ahora.

Adios, esposa mia, conservaros bien, pues es lo que más desea vuestro amante esposo,

SIGIFREDO.

Dejaremos al conde Palatino en el ejército victorioso, y veamos lo que hizo el fiel portador del billete dirigido á Genoveva y entregado con toda la celeridad que requiere un caso como del que se trata.

Como por costumbre tenía Genoveva, bajó al jardín de su palacio para distraerse algunos instantes, cuando fué llamada por una dama de su nobleza.

— ¿Qué ocurre? contestó la condesa.

— Señorita — dijo la dama — un jóven á quien no conozco dice que desea entregaros en propia mano un billete que trae de vuestro esposo, y que á nadie más que á vos puede dár segun la orden que trae.

— Que pase á mi gabinete que voy inmediatamente.

Dicho esto, subió por la escalera que daba al jardín hasta encontrarse frente al jóven portador del mensaje.

— ¿Sois vos la condesa? — prorrumpió el jóven.

— Sí, lo soy, ¿qué deseais?

— Entregaros esta carta y este envuelto.

— Traedla y esperad por si tengo algo que deciros.

Se puso á leerla repetidas veces y llenóse de alegría al saber que estaba bueno y sano, siendo al propio tiempo su tristeza bastante grande al considerar lo lejana que estaba su vuelta. No satisfecha por completo de todo lo que habia leído, hizo varias preguntas al mensajero, quedando satisfecha de sus contestaciones.

— ¿Tenéis qué regresar donde está mi esposo? preguntó la condesa.

— Sí, señora, tan luégo como me hayais despachado.

— Pues esperad un momentó porque quiero escribirle dos letras.

Así fué, se sentó junto á la mesa de escritorio, tomó la pluma y escribió lo siguiente:

— «Amado esposo de mi corazon: Con cuánta alegría he recibido vuestra carta y qué sentimiento más grande me ha causado la noticia de que teneis que continuar en esa, lo cual affige mi angustioso corazon; esta vez por lo que he leído, os ha respetado la muerte, pero si continuais en la lucha, puede ser muy fácil que sucumbais, y entónces ¿qué será de mí? no quiero ni pensar en ello. Grande é inesplicable es mi sentimiento al considerar los muchos

hombres que han perecido en la campaña, por ser la fortuna inconstante y caprichosa. No os lleveis de pueriles honores que puedan costaros la vida: no hagais caso de ofrecimientos que puedan causaros miles desgracias y trastornos; tal vez sea vuestra perdicion ese premio que habeis recibido para obligaros á nuevas aventuras.

Creo no desoigais mi ruego que como tal lo escribo y tomeis en consideracion mi reflexion, pues si por desgracia peligra vuestra vida, no es sola, sino la de los tres; y así os suplico que no deis lugar que, á consecuencia de un contratiempo que podais tener, se pierda el fruto de nuestro matrimonio que posee en su seno vuestra afligida esposa.»

GENOVEVA.

— Ya he concluido, tomad y entregarle al conde este papel.

Con la celeridad acostumbrada salió el mensajero y no tardó mucho en entregar al conde la contestacion de su esposa, no sin dejar de enternecerle lo que le manifestaba sobre el embarazo.

Pasaremos por alto la satisfaccion que causó al conde esta novedad, y vamos á dar cuenta de la infamia más grande que puede imaginarse en la persona de un criado.

Aprovechando la ausencia del conde y deseoso el mayordono de manifestar á Genoveva, solo su pasion, resolvió poner en práctica el depravado intento de declararla su amor, tan luégo encontrara ocasion para ello.

Casi parece increíble que esto sucediera; pero es lo cierto que encontrándose una tarde Genoveva en el jardin cuidando sus flores, llamó al mayordomo para que expusiera su parecer sobre el mejor ó peor cuidado de éstas.

No tardó mucho en presentarse tan pronto como supo que la dueña de su corazon le había llamado, y por lo cual encontraba la ocasion propicia de declararse á ella.

— ¿Qué os parecen estas flores que con tanto esmero he cuidado desde su nacimiento? — dijo la condesa con la mayor inocencia y sin sospechar lo que podrían ocasionar estas preguntas.

— Divinas, señora: no creo haya pintor que las pueda retratar, ni la misma Naturaleza cria otras iguales; únicamente vos podreis hacer eso, que sois tan angelical como ellas, y tan perfecta y limpia como el sol.

La jóven condesa se hizo la disimulada, como si nada hubiera oido, pues creía fuese un momento de locura que todos tenemos, y por cuya razon habia hablado de aquella manera.

En la creencia que era gustosa de su declaracion, continuó Golo su estúpida narracion aumentando su osadía y diciendo:

— Señora mía, si vuestra mano hace tantos primores con las flores, ¿vais á despreciar el amor del que os entrega su corazon y que está á vuestros piés? No me cabe duda que vuestra beldad no será tan cruel, que quiera ultrajar una pasion que hasta los dioses obedecen.

— Por el modo de hablar tan idiota que teneis, me hace creer que debeis amar — dijo la condesa no dándose por entendida de lo que habia oido y visto.

— No os equivocais, señora, amo á la mujer más hermosa del mundo.

— Seguramente, continuó Genoveva — que si yo pudiera imaginar á quién deseábais entregar vuestro corazon, emplearía todo mi valimiento para que consiguiérais vuestro objeto deseado.

Con tal disimulo pronunció la condesa estas palabras, que fué lo suficiente para hacer creer al mayordomo que aceptó sus relaciones amorosas. En esta confianza fué cuando se declaró abiertamente con el mayor descaro y como nunca le hubiera creído ésta, exclamando:

— Voy á romper, señora, el velo de la hipocresía; desde que os ví os amé, no pasa un instante sin que me acuerde de vos: mucho tiempo he estado indeciso para declararos mi pasion y nunca me pude atrever; pero hoy, convencido por vuestras palabras que no desatendeis mi ruego, me declaro á vos abiertamente con toda la fuerza de mi corazon creyéndome ser el más feliz de los mortales si correspondeis á mi pasion tan reconcentrada.

No habia terminado el infame criado su relacion, cuando su ama, llena de cólera y con los ojos ensangretados por la furia, contestó:

— ¡Qué estais diciendo, perverso! ¿Es así como respetais las observaciones de vuestro amo y lo que os encargó á su despedida? Jamás hubiera creído en vos tamaña traicion.

¿No era bastante el desprecio con que os escuchaba para hacer os comprender que no siguiérais hablándome de vuestro amor? Pues bien, ya que vuestra torpeza no os lo ha indicado, sabed que



si volveis á pronunciar una palabra más en el mismo sentido, me veré en el caso de llamaros al órden y poner os el castigo que por vuestra culpa merezcáis.

Sorprendido quedó el mayordomo al oír las palabras de su ama por ser contrarias á las que el creía salir de sus hermosos lábios y en vez de calmarse y arrepentirse de lo hecho, hizo todo lo contrario, que fué buscar el medio de inventar una calumnía contra ella para vengarse y asegurar mejor su éxito.

Una vez en su habitacion y con la mano puesta en su frente, comenzó á pensar de qué modo podría proporcionarla un disgusto con su esposo por medio de los celos. Puesto ya en claro, se dijo:

— La condesa mira con algun interés á Pedro su paje: pues bien, esto me favorece en algo mi plan; voy por última vez á declararla mi amor, y si acaso no me hiciera caso, entónces pongo en práctica mi pensamiento y veremos quién vence á quién.

Efectivamente, aguardó que bajara al jardín como de costumbre y con paso lento se dirigió á su ama.

— Señora, he pensado quitarme la vida que tanto ansío; pero como la causa que motiva esta determinacion lo es el desprecio que me habeis hecho, por última vez vengo á suplicaros que no desoigais mis ruegos y acepteis mi amor y cariño que solo es por vos; si como no espero me separais de vuestro lado de la manera que ántes lo habeis hecho, tened presente que será el último día de mi vida. Nada os puede importar que haya un cádaver más, es cierto; pero vuestra conciencia os ha de remorder toda la vida al haber sido la causa de mi muerte.

Tan insolente provocacion acabó de hacer comprender á Genova que no trataba de enmendarse su infiel criado y perseguidor, y con voz fuerte y rápida le dijo:

— Veo con sumo disgusto no tratáis de arrepentiros sino de aumentar cada vez más mi mal humor, y por lo tanto debo advertiros que la primera vez que volvais con esta pretension, me veré en el caso de ponerlo en conocimiento de mi esposo para que os pida estrecha cuenta de vuestra mala, infame y desesperada conducta.

---

CAPÍTULO IV

---

Lleno de cólera el mayordomo por haber sido despreciado y amenazado por su ama, se aumentó su furia y empezó á poner en ejecucion su trama para hacerla todo el daño posible.

Con efecto: salió del jardín y llamó á dos de los criados de la casa con quien más confianza tenía, y hablóles de este modo:

— Deseo comunicaros un secreto que, á la verdad, yo nunca hubiera puesto en claro; pero como atañe á la honra de nuestro amo, y además tiene que con el tiempo descubrirse, he tenido por conveniente llamaros y haceros la siguiente declaracion: Voy á hablaros de las clandestinas relaciones de Genoveva con Pedro su paje á quien todos conoceis, ¿no es verdad?

Si que le conocemos; contestaron los dos criados.

— Pues todos los que han oido como yo sus halagos y caricias hácia el jóven y el esmerado trato que la condesa le daba, no pueden menos de comprender que hay relaciones intimas entre ambos. Más como quiera que yo he quedado encargado de la condesa, casa, bienes y haciendas, no me parece que por más tiempo esté ignorante nuestro amo de lo que aquí sucede.

— Ya nos teneis con cuidado de lo que pueda ser, y á la verdad que quisiéramos salir del compromiso en que nos pone lo que ocurre: interrumpieron los dos criados á la vez.

— Estad tranquilos, nada os atañe de lo que pasa, pues lo mismo vosotros que yo ha sido imposible el evitarlo.

— Pues bien: seguid vuestra relacion para quedar completamente enterados de todo — dijo el mayor de los criados con gran impaciencia.

— Es el caso, que teniendo yo sospechas de que algo podía haber entre ambos, me puse en observacion hasta que un día oí palabras cariñosas dirigidas mutuamente. No es esto lo peor, sino que más de uno, aseguran que el embarazo de la condesa es obra del paje y no de nuestro amo.

— ¡Jesús, María y José! — contestaron los criados — ¿y tenéis pruebas exactas para dar crédito á lo que decís? porque demasiado

podeis comprender lo que puede suceder tanto si es cierto, para unos, como si no lo es para otros.

— Ya lo creo que tengo seguridad de ello; y para probarlo, quiero haceros una proposicion que espero habeis de aceptar.

— ¿Cuál es?

— Encerrarle en un calabozo, hasta que venga nuestro amo, con objeto de que no se dé á la fuga y seguidamente mandar un propio para que notifique al conde todo lo que ocurre.

— Corriente, de ese modo él sabrá lo que ha de hacer.

La contestacion de los criados fué maquinal, pues no llegaron á creer que la condesa hubiera hecho traicion á su esposo, y mucho ménos con la persona que se la acomodaba el delito; pues si bien hacia alguna deferencia al paje, era por su buena conducta y obediencia, pero nunca con la idea que el mayordomo les había expuesto.

— Entónces nada tengo que deciros por ahora, podeis retiraros hasta que os vuelva á llamar si acaso me haceis falta.

Seguidamente mandó llamar á Pedro y con palabras de juez le dice:

— Tengo que participaros un gran sentimiento de las malas ausencias que de vos dicen por todas partes.

— Ignoro todo cuanto me decís, señor, contestó el paje.

— Pues bien: habeis de saber que lo primero que se divulga, es que habeis mezclado en los manjares de la condesa cierta mistura para haceros dueño de su corazon, y una vez en vuestro poder habeis abusado de ella.

— Eso es una infame calumnia que yo no puedo consentir, y deseo que me deis una pronta y clara satisfaccion de ello.

— No os altereis, pues es inútil, las pruebas están bien claras y todos los esfuerzos que hagais están demás. Desde este momento quedareis encerrado en esta habitacion custodiado por los criados y servidores de vuestro amo, hasta que otra cosa se disponga.

— ¿Será posible, Dios mío, que yo no pueda convenceros de la injuria y calumnia que me habéis hecho?

— Inútiles serán vuestros esfuerzos para desmentirme, cuando precisamente las pruebas están tan claras como la luz del día, contestó Golo lleno de satisfaccion.

— Cúmplase vuestro deseo y hágase como deseais, pues Dios

que todo lo vé y todo lo oye, me ha de sacar adelante de vuestra perfidia, añadió el paje al mismo tiempo que cerraba la puerta de la estancia donde debía quedar como prisionero.

Entónces el mayordomo partió á la habitacion de la condesa y la dice con estas ó parecidas palabras:

— Haced lo que os plazca, os doy todas las facultades que sean necesarias y obrar como debeis si en algo apreciáis mi honor, contestó el conde sin llegar á creer la infamia de su mayordomo y el abuso que hacía de su confianza.

Tan pronto como Golo llegó al palacio, hizo circular la orden de su amo á toda la servidumbre que quedaron atónitos.

No tardó en llegar la noticia á la inocente Genoveva por una fiel siervienta suya, la cual quedó petrificada y sin poder articular una palabra por breves instantes. Algun tanto repuesta del fuerte golpe, asió á su tierno hijo y exclamó llorando amargamente:

— ¡Cuán desgraciado eres, hijo mio!

Y volviendo los ojos al cielo, añadió:

— ¡Señor, Dios del Universo, haced que yo sola padezca, aunque soy inocente, y no permitir que esta criatura sufra los rigores de su padre á quien no verá jamás!

Dicho esto pidió papel y pluma, y escribió algunas líneas que suplicó fueran puestas entre los papeles de su esposo, para que más adelante tuviera ocasion de enterarse de lo que le decía.

Al amanecer del día siguiente, dió orden Golo á dos de sus criados para que llevasen á Genoveva y su hijo al monte más áspero y los dieran muerte, trayendo como prueba de la verdad la lengua de la madre, y despues de consumar el hecho arrojar los pedazos de su cuerpo á las fieras que por allí se encontraban. No pudiendo escusarse los criados al mandato de un cruel que se hacía obedecer, condujeron al sitio destinado para su ejecucion á la condesa y su hijo. Una vez en él, dijo uno de los criados á Genoveva.

— Señora, mucho dolor nos cuesta deciros que ha llegado la hora de vuestra muerte, segun la orden que tenemos.

Y cogiendo al niño por el cuello para cortárselo se abalanzó la madre diciendo:

— No, por Dios, matadme á mi primero para no sufrir el dolor dos veces.

Tal fué la confusion que se apoderó de los criados al oír las pa-

labras lastimeras de su señora, que no acertaban á dar el último golpe, y mirándose uno á otro dijo el primero:

Veo que es inocente del delito que se la acumula, y mejor será que la mandemos marchar por el monte donde no sea vista ni oída para evitar nuestro compromiso.

— Dios os lo pague, hermanos cariñosos, dijo la madre, yo os prometo que no seréis descubiertos ni nada os sucederá por mí ni por mi hijo.

Vueltos hácia el castillo para comunicar el doble asesinato á su cruel mandador, recordaron que les faltan la prueba del hecho que era la lengua, pero como Dios vela por la vida de todos, les presentó un perro al cual se la cortaron y pudieron salir victoriosos de su empresa.

Enterado el conde de su ejecucion, quedó triste y pensativo sobre lo que había mandado, mientras que Golo fué aumentando su alegría y regocijo, tratando en todo lo posible distraerle con cacerías y recreos.

Sigamos á Genoveva en la maleza del monte, mientras su esposo medita para desvanecer su mal humor.

Dos días anduvo divagando sin tomar ningun alimento y aumentando proguesivamente su tristeza al ver que no podía sustentar á su hijo con el pecho, que daba gemidos pidiendo de mamar. ¿Qué podía sacar de un cuerpo que no tomaba alimento y estaba lleno de cansancio? Al mismo tiempo que pensaba en la manera de alimentar á su hijo, se apareció una cierva que, como una madre cariñosa, se arrimó al niño y le dió de mamar.

## CAPITULO VI

Entre tanto que el hijo de la princesa conservó su vida de la manera que se ha indicado, su pobre madre se sustentaba con yerbas y raíces silvestres.

El mayordomo no cesaba de disuadir al conde de sus pensamientos, que ya se encontraba pesaroso de haber obrado con tanta ligereza.

Pasaron tres años proxíamente desde la llegada de Palatino á



su palacio, tuvo necesidad de revolver los papeles de su mesa y en ella encontró una carta que decia lo siguiente:

« Recibe mi último adios, querido esposo, voy á morir porque así lo dispones, pero soy inocente. Algun día la Divina Providencia lo ha de descubrir y te convencerás de la ligereza con que has obrado. No lo siento solo por mí, si no por nuestro hijo que tan inocente como yo sucumbirá á mi lado.

Dios te proteja y perdone como yo tambien te perdono,

GENOVEVA. »

— Señora, mucho siento tener que notificaros la determinacion que acabo de tomar con vuestro paje y por el mismo motivo que él, quedais vos tambien detenida en esta habitacion que servirá de prision hasta que vuestro esposo de quien espero órdenes, me conteste.

— ¿Qué motivos os han impulsado para obrar así? preguntó la condesa.

— Ya lo sabreis señora, y no ha de pasar mucho tiempo.

Despues de retirarse el mayordomo, se arrodilló la inocente Genoveva y con las manos juntas y los ojos mirando al cielo, exclamó.

— Poderoso Señor, ¿cómo consentis que se me ultraje de este modo? Ahora bien, si es preciso que padezca por vos, sea como dispongais, pero haced que el fruto que llevo en mis entrañas vea la luz del día; al mismo tiempo os ruego que con el tiempo hagais pública mi inocencia y quedaré muy conforme con vuestra divina voluntad.

De este modo pasaba el tiempo sin comunicarse con nadie más que con su carcelero Golo, que no cesaba de instarla para que accediera á su pretension amorosa; pero todo fué inútil, pues ni las amenazas ni los cariños pudieron vencer en lo más mínimo aquella alma virginal.

En medio de este tiempo y desprovista de todo auxilio, dio á luz un precioso niño á quien puso por nombre Tristan, á causa de la tristeza en que se encontraba por aquel entónces. Una vez fuera de su seno, le envolvió en una servilleta que por casualidad tenía, y diciéndole con palabras tiernas:

— ¡Pobre hijo mío! ¡Cuántos sinsabores me causa tu inocencia! ¡Cuánto han de hacerte padecer mis desgracias!

Dos meses habían trascurrido próximamente despues del parto, cuando Golo mandó un criado á que dijese al conde lo ocurrido por medio de una carta escrita en estos términos:

— «Señor y dueño mío: Si el honor de vuestra casa y la amistad acompañada del respeto que os tengo no me impidiera escribir en esta carta la infamia mayor del mundo, yo os confiaría un gran secreto que os debo manifestar; pero por si acaso cae en otras manos que no sean las vuestras, no hago más que mandaros una persona de toda mi confianza y que no os dirá más que la verdad de todo lo que ha pasado durante vuestra ausencia.

Sin más por ahora, espera vuestras órdenes,

GOLO.»

Grande fué la sorpresa que le causo al conde la fatal noticia de su mayordomo. Lleno de cólera y poseido de un violento furor, exclamó:

— ¡Oh infame y perversa mujer! ¿Cómo has tenido valor para ultrajar mi honra de una manera tan inicua, máxime cuando has visto mi modo de proceder y la nobleza de mis sentimientos? No respetaré una sola gota de tu sangre, ni ménos la del hijo que has dado á luz para servir de verdugo á tu crimen.

— ¿Sabéis cuánto tiempo hace que dió á luz la condesa? preguntó Palatino al criado para poder formar un juicio exacto de lo que le habia dicho.

— Un mes, contestó éste, segun las instrucciones recibidas del mayordomo.

— ¡Ah! ciertas son las sospechas, segun lo decís, resultan diez meses ó sea un mes despues de mi separacion de ella.

Y sentándose en la mesa como para escribir, añadió:

— Por lo pronto, partid á mi palacio y encomendar al mayordomo el más excesivo cuidado para la seguridad de mi esposa, mientras yo me pongo en camino y en cuanto al paje, el más horrible castigo que pueda darle.

Con gran alegría recibió el mayordomo la noticia de su amo y no tardó en ponerlo en ejecucion, principiando por dar un veneno

al inocente paje que á su consecuencia sucumbió muy en breve. No quedó satisfecho de esta víctima el infame, calumniador, asesino y traidor Golo, pues pasando á mayor crueldad, buscó los medios de causar la total ruina de su amante.

## CAPÍTULO V

---

Ocupado se hallaba el mayor en discurrir el modo de ejecutar tan infernal proyecto, cuando tuvo aviso de que su amo se había puesto en camino. Salió á su encuentro y pudo ver una mujer que le sirvió de apoyo para la trama que tenía en proyecto.

Con efecto, comprendiendo ser una hechicera, la puso al corriente de todo y la ofreció una enorme cantidad si podía convencer á Sigifredo de todo lo que la manifestó. Conforme en lo tratado, prosiguió su marcha hasta encontrar á su amo, quien le recibió con grandes deseos por enterarse minuciosamente de todo. Repetidas veces le hizo creer lo que ya le había comunicado y para mayor seguridad, le propuso ver á la hechicera que habitaba en aquellos contornos.

— No está demás que la oiga, aunque tengo confianza en lo que me decís, pero el castigo ha de ser con todo rigor, quiero enterarme minuciosamente.

Partieron juntos á la choza de la hechicera y ésta hizo creer al conde todo lo que ya habían tratado Golo y ella.

Pongámonos en el lugar del engañado conde para poder apreciar lo que pasaría por su mente al quedar convencido de la infelicidad de su esposa, aumentándose su furor y cruel venganza. Entónces el mayordomo, aprovechando aquel oportuno momento, propuso á su amo que le autorizara para que la culpable y su hijo fueran separados de su lado donde nunca los volviera á ver.

No bien terminó de leer el escrito, cuando comenzó á dar golpes en la mesa, llorando como un niño y arrancase los cabellos, diciendo:

— Ya me daba el corazon que era inocente, imposible podía ser que tuviera tanta maldad en si una santa que no vivía más que en Dios y para mí.

El astuto mayordomo que no le perdía de vista por no ser descubierto, trató de aplacar la cólera del conde, diciendo que aquel papel era falso y puesto por alguna otra persona que más que el paje hubiera tenido que ver con ella.

Entre tanto el cielo parecía prestarla su apoyo y mandó que un lobo la entregara una piel de oveja con que pudiera cubrir á su hijo con la mayor ternura:

— Madre mía, he observado que me haceis repeir muchas veces.  
«Padre nuestro,» ¿dónde está y quién es el mio?

— Tu padre es Dios y ésta en el cielo.

— Entónces, ¿por qué no nos saca de la miseria y nos protege?

— Porque quiere probarnos en esta vida para favorecernos en la otra.

Cumplido ya el tiempo que Dios había dispuesto para el descubrimiento, hizo que la hechicera confesase todo lo que el mayordomo la dijo y por cuya causa mandó dar muerte á su virtuosa y santa mujer acompañada de su inocente hijo.

¿Quién podrá oir estas palabras sin enternecerse? y colérica como una fiera hambrienta, mandó llamar á Golo que por aquél entónces se encontraba fuera de la población, so pretesto de una cacería que debía organizar. Cuando ménos pensaba en lo que pudiera sucederle, se presentó el infame Golo al conde, que mandó encerrarle en la misma prision donde estuvo Genoveva.

— Dios mio — dijo el mayordomo — soy perdido, todo está descubierto.

Sin saber por qué, y en vez de haber estado encerrado en su palacio llorando su desgracia, el corazon le dictaba que saliera al campo para distraerse. Con efecto: se puso en marcha en compañía de varios amigos y no tardó mucho en ver una cierva que al apuntarla con su dardo, desapareció por la espesura del bosque, á la que siguió para con certeza poderla dar muerte. Hemos de advertir, que la cierva de que tratamos, era el ama de cría de su hijo y á quien Dios en su interior dictaba que no la diera con el dardo que la apuntaba repetidas veces. Empeñado el conde en seguirla, pudo ver una mujer completamente desnuda acompañada de un niño que era Tristan y acercándose á ella la preguntó:

— ¿Quién sois, hermosa jóven y qué haceis aquí?

La princesa, prontamente conoció á su esposo, pues en nada había cambiado y con la cara compungida le contestó:

— Señor, soy Genoveva, y estoy aquí por la Divina Providencia que me salvó de la muerte que vos mandásteis darme, injustamente; este niño que veis aquí es vuestro hijo que lo mismo que yo ha sufrido vuestros rigores. Ahora, vos sabreis si es cierto ó no lo que digo.

Apénas acabó de pronunciar estas palabras, la asió el conde entre sus brazos diciendo:

— ¡Tú eres, esposa mía, la mártir de mi furor y mi perfidia! perdóname que no he sabido lo que he hecho, me he guiado de un infame y le dí crédito á sus falsedades; pero ya lo he descubierto, si no todo, á lo ménos, parte de ello. Las abundantes lágrimas de placer que todos derramaron no es posible describirlas, y la emocion causada la dejamos á la consideracion del lector.

Pasado el primer arrebato, hizo que partieran sus criados al castillo y trajeran una litera y ropa para la condesa y su hijo. Estos sin detenerse se pusieron en marcha acompañados de la cierva, y recibidos á su entrada con grande alegría al saber lo que habían descubierto. Llegados por fin todos al palacio, acudieron las gentes de la comarca dando gracias á Dios por haber conservado á la inocente y santa condesa.

Algunos dias despues de la estancia en el palacio, hizo llamar el conde á Golo á su presencia para pedirle cuenta estrecha de su proceder; más como no tuviera excusas que poner, se arrodilló á sus piés para pedirle perdon de su infamia. Grandes fueron los exfuerzos que la princesa hizo por librarle de la furia de su esposo; pero todo fué inútil, pues pretestando hacerlo por escarmiento de los demás, Palatino mandó que, tanto á Golo como á los que habían tomado parte en su infamia, los descuartizaran y arrojaran sus pedazos al campo para que fueron pasto de las fieras.

Llenos de todos goces se encontraban, cuando de pronto una fuerte calentura se apoderó de Genoveva. El conde al ver á su esposa en tal estado, invocaba á Dios que le conservara tan amada compañera. Todo era inútil. Postrada en el lecho de la muerte, llamó á su hijo para echarle la bendicion, se despidió de su esposo, y exhaló un tierno suspiro.

Pasados los primeros momentos de doloroso llanto, se dió sepul-



tura al cadáver de la Santa con toda pompa. Es de admirar que la cierva, fiel compañera de la condesa, la acompañó al sepulcro donde permaneció inmóvil.

Inconsolable Sigifredo, mandó construir una ermita en el mismo sitio donde estuvo su esposa, y llamó á su hermano para nombrarle tutor de su hijo Tristan, por quererse retirar del mundo y sólo vivir para Dios.

Grande fué la sorpresa que le causó al llamar á su hijo y decirle lo que había pensado hacer, y contestarle éste que también pensaba de la misma manera, y por lo cual dejaba heredero de todo lo que le pertenecía á su mismo tío.

Lleno de alegría el padre al escuchar la declaración de su hijo Tristan, le mandó construir un hábito de monje como el que él tenía para sí, y desengañados del mundo se retiraron de él para ser más dichosos en el otro.



FIN DE LA HISTORIA